

MANUEL-REYES GARCÍA HURTADO

Literatura y milicia en la Edad Moderna

17 DE DICIEMBRE DE 2003

**MANUEL-REYES
GARCÍA HURTADO**

DOCTOR EN GEOGRAFÍA E HISTORIA POR LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA.

HA REALIZADO ESTUDIOS EN LAS UNIVERSIDADES DE ALICANTE, SANTIAGO DE COMPOSTELA, UNIVERSIDAD LIBRE DE BRUSELAS Y ESCUELA DE ALTOS ESTUDIOS EN CIENCIAS SOCIALES DE PARÍS.

ES AUTOR DE LOS SIGUIENTES LIBROS: «TRADUCIENDO LA GUERRA» (1999) Y «EL ARMA DE LA PALABRA» (2002).

HA PRONUNCIADO DIVERSAS CONFERENCIAS Y PARTICIPADO EN VARIOS CONGRESOS NACIONALES E INTERNACIONALES.

ASIMISMO HA PUBLICADO DIVERSOS ARTÍCULOS EN REVISTAS Y PUBLICACIONES CIENTÍFICAS.



Es un lugar común la expresión de que «España es diferente», en el sentido de que sus pautas de comportamiento no son acordes con las de los países de su entorno cultural y económico, y en pocos aspectos se cumple este aforismo en un grado tan alto como lo hace en la valoración que concede a su pasado histórico-militar. No es casual que, a diferencia de lo que sucede en Francia, Inglaterra o Estados Unidos, la universidad viva aquí de espaldas a la institución militar, puesto que no existe ni una sola cátedra de historia militar y apenas una revista dedicada a esta temática en su seno. Sería prolijo analizar los diversos motivos –algunos de los cuales obviamente se deben a acontecimientos del pasado siglo XX– que han llevado a arrinconar una parte de la historia española, ocultándola, relegándola a ser estudiada por profesionales de las fuerzas armadas o simplemente devaluándola o confiriéndole una estimación ínfima en comparación con otras variables que intervienen en el decurso histórico.

Así pues, cuando hace unos ocho años tomamos la decisión de analizar el ejército español desde una perspectiva novedosa, alejada de los análisis orgánicos, de armamentos y disposiciones tácticas, encontramos que este campo no había merecido la menor atención desde el ámbito universitario, y que sólo algunos oficiales le habían consagrado varios libros y artículos. El objetivo que perseguíamos en aquel entonces –y que continúa siendo nuestro caballo de batalla cotidiano– era introducir la historia cultural en el mundo de la historia militar, de lo que nacería un híbrido que podríamos denominar Cultura de la Guerra. El camino que transitamos nunca ha estado exento de incomprendiones, a veces mayores que los propios obstáculos que lo jalonaban. Recordamos la expresión de uno de nuestros profesores en París al comentarle que nos dedicábamos a estudiar el ejército español, y que desde la atalaya en que cimentaba su autoridad sentenció: «Es usted muy tradicional». No era una expresión exenta de una intensa carga de profundidad. ¿El ejército? ¿Hay algo nuevo que decir

sobre él? ¿Puede aportar algo su estudio al conocimiento de la cultura del pasado? Esperamos sinceramente que cuando concluyan nuestras palabras otorguen una respuesta afirmativa a todas estas preguntas, ya que de lo contrario certificarán que hemos estado siguiendo los pasos de un fantasma durante años o enfrentándonos con un gigante que era sólo un molino de viento.

Es por todo lo que llevamos dicho por lo que la existencia de una Cátedra como la que hoy nos reúne aquí adquiere todo su valor y significación honda para quien les habla. En primer lugar, porque expresa la comunión entre la institución universitaria y la militar, siendo un foro de encuentro, de conocimiento mutuos. En segundo lugar, porque se encuadra en una ciudad como Ferrol que es incomprendible sin su vertiente castrense histórica y presente y en la que la universidad está ya firmemente asentada. Y, en tercer lugar, porque abre cauces de colaboración y permite explotar los recursos que ambas instituciones atesoran en su interior. Evidentemente, por nuestra ocupación docente universitaria e investigadora militar, nos encontramos realmente cómodos en el seno de la Cátedra Jorge Juan, por lo que agradecemos sinceramente la oportunidad que se nos ha brindado de esbozar en pocas palabras la cuestión de la relación entre la milicia y la literatura durante la Edad Moderna, que en la mejor de las tradiciones académicas no mostraremos cerrada y concluida, sino que todos acertarán a ver que queda mucho por conocer y por estudiar, y que serán a veces más las incógnitas que las respuestas. Nuestro deseo no es tanto presentar lo poco que hemos conocido en estos últimos años, los pequeños montículos que hemos subido, cuanto incitar y animar a otros a continuar por esta senda para que sean ellos quienes, mejor preparados, alcancen las más altas cimas, en resumen, nos proponemos mostrar todo lo que queda por hacer.

Se quiera reconocer hoy o no lo cierto es que la historia de España durante los siglos XVI, XVII y XVIII estuvo marcada de manera íntima por el fenómeno bélico, bien es cierto que de manera decreciente en cuanto a su intensidad desde los inicios del período moderno hasta el nacimiento de la Edad Contemporánea en el siglo XIX. ¿Acaso no han convenido los historiadores que la modernidad se abre y cierra por dos hechos de armas: la caída de Granada en manos de los Reyes Católicos en 1492 y la invasión francesa en 1808? Pues bien, no sólo las puertas de entrada y salida de la Edad Moderna son traspasadas por hombres de armas, sino que las habitaciones del palacio, metafóricamente hablando, también se hallan pobladas de hombres uniformados. Pocos y escasos serán los años de paz en este largo período de tres siglos, lo que no pudo menos que caracterizar profundamente la vida cotidiana de los españoles. En primer lugar, porque las tropas había que pagarlas, de modo que la presión fiscal será sufrida y temida por el pueblo. En segundo lugar, porque son hombres procedentes de los más remotos lugares del Imperio, así como de la Península Ibérica, los que pueblan las filas, lo que tendrá inmensas secuelas demográficas sobre la población de sus lugares de origen. En tercer lugar, porque hasta la existencia de los

cuarteles en el siglo XVIII las tropas se alojaban en los hogares de familias de las localidades por las que transitaban, que se veían obligadas a alimentar y acomodar a los soldados, lo que les suponía una sangría económica, cuando no era una fuente constante de fricciones entre civiles y militares por la comisión de abusos. Pero no sólo son efectos perniciosos los que provoca la institución militar, ya que el ejército y la armada van a hacer progresar las ciencias –del mismo modo que sucede en la actualidad– en virtud de los inventos y mejoras instrumentales y técnicas que con vistas a su aplicación por ellos se alcanzan. En resumen, la milicia, su existencia y sus funciones tienen enormes consecuencias sobre el resto de la sociedad.

Ahora bien, la historiografía se ha centrado en lo que llamaríamos impactos devastadores de la guerra haciendo términos equivalentes militar y destrucción, es decir, olvidando que son los políticos quienes ordenan el inicio de los conflictos bélicos y, a veces, para desgracia de las tropas, incluso los dirigen, y acentuando el papel de los militares como responsables directos de los desastres que lleva aparejados, y ha olvidado un aspecto que consideramos capital para la historia de la cultura. Nos referimos a las aportaciones que los soldados y los marinos españoles han realizado a la civilización a lo largo de la historia. Por poner un simple ejemplo, es imposible tratar de los avances en la ciencia de la navegación, la cartografía, la historia natural, etc., en el siglo XVIII sin referirnos de manera directa y exclusiva a los marinos de la Ilustración. Y lo mismo acontece en otros campos en diferentes períodos cronológicos. No es que hoy día se desconozca que Jorge Juan, por ejemplo, fue militar, sino que no se establece una relación causa-efecto entre su formación –que en su época jamás hubiera podido recibir en una institución civil– y su profesión, como si el elemento militar fuera algo que no determinara, como si al analizar sus relaciones personales y su vida no saltara a la vista el papel central que juega todo lo militar. No es algo secundario, es lo fundamental.

En nuestras investigaciones hemos dejado de lado los trabajos científicos (matemáticos, astronómicos, etc.) de los militares españoles y nos hemos concentrado en su papel como autores literarios, pero en un amplio sentido del término literatura, puesto que por él entendemos cualquier producción del ingenio, por lo que es manifiesto la amplia gama de textos que tienen aquí cabida, con la única excepción de los que responden a una finalidad meramente administrativa. Para penetrar e integrarse en lo que se denominaba República de la Letras no era precisa una determinada procedencia social, o una disposición económica, simplemente se exigía sentir el prurito de la escritura. Convenimos pues que los militares van a tener numerosos competidores en el mercado literario, aunque en algunos temas van casi a capitalizar los títulos que se venden. Un campo en el que no van a contar casi con rivales prácticamente es el del arte militar, donde los clásicos de las Guerras de Flandes como Diego de Álava y Viamont, Marcos de Isaba, Jerónimo Jiménez de Urrea, Cristóbal Lechuga, Sancho de Londoño o Francisco de Valdés –todos ellos afortunadamente reeditados

en los últimos años por el Ministerio de Defensa— ocupan un lugar de privilegio a nivel internacional y son de lectura imprescindible para conocer la historia de su época, si bien aun quedan otros muchos de los siglos XVII y XVIII que esperan a ser rescatados en diversas bibliotecas y archivos. Sin ninguna duda, el éxito que acompañó a las tropas españolas en las que militaban estos hombres se extendió a sus escritos y, por seguir con este paralelismo, desde que se empieza a poner el Sol en las tierras de la Corona la sombra de la decadencia militar se hizo extensiva a las obras de los hombres que en esas fechas defendían los reductos que continuaban en pie, como si fueran responsables y dignos de ser olvidados o cuando menos de pasar a un segundo plano. Tanta luz en el XVI cegó a los propios españoles y les hizo excesivamente críticos, sobre todo en el XIX. Aquí no podemos menos que recordar con dolor que en Francia son objeto de libros, artículos, tesinas y tesis doctorales sus autores militares del XVIII —época en la que su teoría de la guerra terrestre marcó la pauta—, mientras que en España en el día de hoy ni tan siquiera se conocen los nombres de nuestros autores del mismo período y sus avatares vitales, y eso que muchos de ellos no tendrían nada que envidiar a nuestros vecinos del norte de los Pirineos.

Nos hallamos pues ante el soldado como autor, que es el lugar al que queríamos llegar. Es este un maridaje que ha pasado desapercibido para la historia de la cultura. Y no tenemos que retrotraernos mucho en el tiempo para demostrarlo. Hace dos semanas participamos en un congreso internacional que conmemoraba el segundo centenario de la muerte del padre del periodismo español, el alcañizano Francisco Mariano Nifo, autor del primer diario que se publicó en la Europa continental en 1758, y en el mismo se abordaron figuras que jugaron un papel importante en el periodismo del siglo XVIII que fueron militares, pero sin citar ni tan siquiera de pasada su adscripción militar. Esta omisión llevaba a algunos de los participantes en el congreso a no comprender en su exacta medida la figura de quienes para ellos eran autores sin más, como si en el alma de estos personajes se pudiera diseccionar con un bisturí su parte creadora de la profesional. Algo inaudito. Ser militares no les incapacitó para expresar las mismas ideas, emplear las mismas palabras, alcanzar las mismas conclusiones o leer las mismas obras que el conjunto de la sociedad, puesto que eran hombres de su tiempo, pero además su pertenencia al ejército o a la armada les imprimió un carácter, un carisma, merced a la educación recibida, las relaciones establecidas, su modo de vida, etc., todo lo cual es un añadido que no se puede desdeñar como si su condición fuera equivalente sin más al de una profesión cualquiera. Es más, en la Edad Moderna, hay que avanzar mucho para poder hablar de que ser militar empieza a ser una profesión. No volvamos la vista al pasado con los prejuicios del presente.

Retomando a nuestro militar autor nos tropezamos con el viejo debate de las armas y las letras, en el que encontramos los dos términos del título de esta conferencia frente a frente, y que en sustancia se resumía en determinar qué confería mayor

honor y nobleza, el ejercicio de las primeras o el de las segundas, qué funciones daban más lustre, esplendor y frutos al Estado, las que tenían como útil la pluma o aquellas que se desempeñaban empuñando la espada. En el mismo han participado desde el literato más universal que ha dado la lengua castellana, del que recordamos que fue militar, Miguel de Cervantes y Saavedra, a otros más desconocidos como: el Teniente de Maestro de Campo General Francisco Ventura de la Sala y Abarca a finales del XVII o, ya en el XVIII, Mariano Madramany y Calatayud. En función de la posición de mayor o menor privilegio que las armas españolas disfrutaban en el concierto internacional en las diferentes épocas el resultado de este juego literario será el de conceder mayor preponderancia al ejercicio militar en la época de las glorias imperiales, para al final de la Edad Moderna colocar a ambas dedicaciones a un mismo nivel. ¿Pero cómo se resuelve esta dicotomía cuando el militar también es autor? En este caso, ¿qué aspecto es el que adquiere preponderancia en su devenir? Obviamente cuando el personaje está en ejercicio activo lo literario es una pasión colateral, puesto que el centro de su vida lo habita su pertenencia al ejército. Ejemplos que demuestran lo exacto de esta precisión son figuras que ocupan las páginas de cualquier Historia de la Literatura Española y que todo estudiante de secundaria conoce, aunque sea sólo de nombre. Pensemos en un José de Cadalso, oficial de caballería que sueña con ascensos que no llegan y por los que luchó sin denuedo toda su vida, para quien de la lectura de su correspondencia se trasluce que la poesía era uno de los pilares de su vida, por ella suspira, a ella destina sus escasos momentos de ocio, etc., pero que será su ocupación sólo durante las licencias o en los descansos que le permita su encargo de instructor de la tropa. No hay interferencias, pero tampoco compartimentos estancos. En otras palabras, el militar entrega su mejor tiempo al ejército, y las noches, las pausas, los intervalos entre los ejercicios y las maniobras a la escritura, robándolo al reposo; pero en ningún momento deja de ser un militar, ni tan siquiera cuando escribe, mientras que la condición de literato es, por utilizar una expresión gráfica, accidental. Esto último en modo alguno reduce la calidad de sus obras, pues veremos más adelante que nadie era autor a secas en la Edad Moderna.

¿Qué obtiene un militar de la escritura? Aquí hay que distinguir nítidamente en función de la temática de sus trabajos. Por una parte, las creaciones propiamente profesionales, es decir, las centradas en el arte de la guerra y a la ciencia de la navegación, que redactan para permitir que sus compañeros coetáneos y futuros cuenten con un bagaje que su experiencia les ha aportado, de modo que contribuya a incrementar el número de victorias y hechos gloriosos para las armas de la Corona, que van a dedicar a sus superiores y a presentar como méritos a la hora de solicitar ascensos o gratificaciones, y que en el siglo XVIII cuentan con respaldo oficial para ver la luz. Y, por otra parte, se nos aparecen los productos de pura creación (novela, teatro, poesía, ensayo) que para un período como el XVIII sabemos que siempre estuvieron en un segundo plano tomadas de manera aislada frente al grupo anterior. Las páginas de

estas obras podían –y de hecho lo hicieron– traerles problemas. ¿Por qué? Pues simplemente porque, en consonancia con las palabras de Jarnés Bergua en *Ejército y Cultura*, es un hecho contrastado que el avance de la eficacia de los ejércitos ha ido en paralelo con el incremento de la presencia y predominio de la cultura en los mismos, de modo que algo que en el presente es impensable como que un mando no posea una amplia cultura, en épocas pasadas era habitual que ésta se circunscribiera a círculos reducidos, de manera de que el militar autor podía ser visto como un erudito, a lo que había que añadir la posibilidad de que se subrayara que esta inclinación literaria encajaba poco o mal con las obligaciones implícitas de la subordinación y la obediencia. Así pues, el primer problema que los autores podían encontrar era el de ser observados como «poco militares». Y no sólo se quedaban aquí los perjuicios. Algo más grave acontecía cuando el Santo Oficio de la Inquisición localizaba en sus páginas expresiones, autores o ideas prohibidas y por las que serían objeto de persecución. Y entonces la privación de libertad, el destierro o la mancha moral se cernía de manera inexorable sobre él. No en vano, el militar y autor más prolífico del siglo XVIII, el oficial de caballería Bernardo María de Calzada y Barrios, tendrá serios problemas por algunas de sus traducciones, y el también oficial de caballería Manuel de Aguirre será el responsable de que varios números del periódico en el que colaboraba fueran prohibidos. ¿Es causal que ninguno de los grandes autores militares alcanzara los más altos grados? ¿Tuvo en ello algo que ver sus problemas con la Inquisición o el hecho de que fueran en algunos de sus presupuestos excesivamente atrevidos para su época? Adelantar respuestas a estos interrogantes puede ser precipitado, pero parece claro que no debió serles de gran ayuda el significarse abiertamente como heterodoxos o críticos, tanto ante sus mandos como ante los dirigentes políticos.

Normalmente se olvida que hasta bien avanzado el siglo XVIII la figura del autor que vive de su propia producción no existe, ya que para esto era imprescindible que un numeroso público respaldara comercialmente sus obras, y esto estaba lejos de ser factible durante los siglos que nos ocupan, y aun cuando se logró sólo unos escasísimos elegidos se encontrarán en esta reducida nómina, y además tampoco lograrán vivir con excesiva holgura. A lo largo de la Edad Moderna quienes dan a la imprenta sus creaciones tienen una profesión, que normalmente consta en la portada de su libro, de la que obtienen los recursos económicos de los que se sustentan. La literatura pues se adueña de sus momentos de ocio, que como sabemos no sólo equivale a tiempo libre, sino que este término alude también al período de quietud del alma dedicado a la creación artística. Constatamos, por tanto, que los militares se encuentran al mismo nivel que cualquier otro miembro de la sociedad a la hora de dar el salto a la palestra y enfrentarse a la voraz opinión pública y proporcionar a sus compañeros (en el estadio de manuscrito) o al conjunto de la sociedad (una vez ya impreso) el fruto de su mente. Mejor dicho, ocupan un lugar de privilegio con relación al común de las personas. En primer lugar, la formación que reciben –este aspec-

to irá in crescendo desde el siglo XVI al XVIII— les hace partícipes de un bagaje humanístico, científico y técnico que pocos en su época podían alardear de poseer y aún menos cuestionar o menospreciar. En segundo lugar, la circunstancia de pertenecer al ejército que marcó la hora de Europa durante más de un siglo y medio les permitió atravesar territorios, conocer países e impregnarse de diferentes tradiciones e idiomas, de modo que su acervo cultural se enriqueció enormemente con la contemplación de las realizaciones artísticas y la lectura de obras que en la propia España eran desconocidas o bien podían estar prohibidas. Y lo que en los siglos XVI y XVII será un aprendizaje personal, empírico, autodidacta, en el XVIII adquiere el carácter de institucional, pues en las diferentes academias militares que nacen en esta centuria, junto a la ciencia, se proporciona a los alumnos el conocimiento de las lenguas francesa —la reina del momento—, inglesa e italiana. No es asunto baladí este de las lenguas, ya que los militares con este dominio idiomático van a estar en disponibilidad de traducir algunas de las más importantes obras de la literatura universal al castellano. Por citar un solo caso, señalaremos que el clásico del alemán Goethe *Werther* verá la luz por primera vez en castellano de la mano de un antiguo ingeniero y marino llamado José de Mor y Fuentes en 1835, ¿y qué pensarían Uds. si les dijera que todavía dos siglos más tarde sigue siendo esta vieja traducción la que publica la editorial Espasa-Calpe? Al dominio técnico-científico e idiomático hay que unir algo más difuso y que entra en el recinto de lo espiritual. El militar, cuya dedicación es un compromiso de entrega de lo más valioso que posee, ante el peligro inminente de la batalla en ciernes, ya sea a lomos de un caballo, con las botas clavadas sobre el barro o en un camarote que las fuerzas de la naturaleza convierten en una nuez mecida por el océano, tiene dos vías de liberar la inmensidad de sentimientos que se agolpan en su interior. Una es el camino más fácil, el *carpe diem*, el volcarse sobre lo material y terreno, es decir, aferrarse a los instintos que la naturaleza ha depositado en el hombre. La otra ruta es mucho más elevada al par que compleja, más fructífera para él y para la posteridad, y significa un volver sobre sí mismo, un reflexionar sobre lo que de espiritual tiene su existencia, y de ahí surgirán obras escritas con palabras o con colores que reflejan emociones que sólo en esa situación pueden nacer. Sabemos que Lope de Vega compuso su poema épico *La Dragontea* cuando viajaba embarcado en la expedición que tenía por objetivo la invasión de Inglaterra en 1588, ¿esta coyuntura acaso puede no penetrar la obra? Y no debía ser tan inusual que en el transcurso de las operaciones militares los soldados llevaran consigo sus trabajos, ya que incluso se llegó a legislar al respecto de si era lícito dar a la imprenta un texto que se había encontrado en el campo de batalla, pero del que era autor otro. Y a esto ayudó no poco que en el siglo XVIII los libros en pequeño formato, in-8º, los que serían hoy día nuestros libros de bolsillo, se convirtieran en la principal producción editorial, de modo que en la casaca o en el equipaje de los soldados será habitual tropezar con un libro como compañero.

Tras redactar el autor su escrito un largo camino quedaba todavía por recorrer hasta que el mismo pasaba a ser impreso, y en este itinerario ningún privilegio gozaban los militares, por muy elevado que fuera su rango y el número de sus títulos. Era preceptivo obtener una licencia por parte de la Corona, además de lograr la aprobación de que nada en el relato atentaba contra la pureza y la ortodoxia de la fe católica, y ambos extremos debían ser cumplimentados de manera inexcusable para que la publicación fuera legal. Una vez superada esta fase el autor se dirigía con su manuscrito a la búsqueda de un impresor a quien vendía el texto para que este último sufragara todos los gastos de imprenta o bien hacía frente él mismo al pago de los emolumentos, de modo que también revertían sobre él los beneficios. Evidentemente, lo normal era la venta de los derechos al impresor o librero, ya que actuar de otra manera suponía arriesgar un dinero que no se tenía ninguna certeza de que se fuera a recobrar con la venta del libro, además de que muy pocos hubieran podido hacer frente por sí solos a los gastos de impresión, encuadernación y distribución. Sirva como ejemplo que Cervantes malvendió su *Quijote* al impresor, que sí hizo un negocio, o que casi dos siglos más tarde Cadalso no llegará a ver publicados en vida, y por tanto gozado de los réditos de su explotación, las dos obras que le han dado mayor fama, las *Cartas Marruecas* y las *Noches Lúgubres*. Pocos pueden en la historia de España afirmar que la escritura les resultó una actividad rentable, y lamentablemente en la milicia hay casos como el del antes citado Mor de Fuentes, quien dejó el servicio activo a finales del XVIII para dedicarse en cuerpo y alma a la literatura, pero a quien la fortuna no le fue pareja con el esfuerzo y terminará muriendo pobre y sólo en una habitación, siendo enterrado como un vagabundo. La gloria es efímera y no siempre justa.

Tampoco pensemos que publicado el libro el autor podía entregarse a descansar feliz y satisfecho de ver a su criatura pasarse por las manos de los lectores. Ni mucho menos. Ese fruto de su ingenio podía serle beneficioso o perjudicial por su contenido, porque algún personaje influyente se viera en él maltratado, porque alguien lo publicara de manera anónima para obtener beneficios, etc. El militar escritor continuaba pues su personal batalla en primera línea aun cuando todo parecía culminado. He aquí el motivo por el que durante la Edad Moderna los libros se brindaban a autoridades militares, civiles y eclesiásticas, e incluso a miembros de la propia Corona, ya que de este modo se hacía a estos copartícipes de la suerte del libro y actuaban así como escudos, como garantes de la virtud encerradas en esas páginas y, por extensión, del padre de las mismas. Característica especial de los militares será que el objeto más habitual de sus dedicatorias son sus superiores directos o los mandos superiores del ejército y de la armada, ya que también se busca difundir el texto en el seno de la institución y darse a conocer ante aquellos de quienes depende la promoción y la obtención de ascensos. Se escribe por una pulsión normalmente, pero no es desdeñable el que la motivación preceda en graduación al talento o al interés depositado en el volumen.

Un ámbito si cabe aún más desconocido en España es el de la participación de los militares en las publicaciones periódicas. A este campo dedicamos nuestros empeños en la actualidad. A través de los semanarios, diarios, etc., que proliferan en gran número desde 1760 en España, los marinos y soldados van a encontrar un medio muy propicio, ágil y accesible para mostrar al público composiciones breves como poesías, largos artículos en los que reflexionan sobre las reformas que consideran pertinentes que hay que introducir en la monarquía, traducciones de trabajos de los científicos más prestigiosos extranjeros, como Newton, elogios de personalidades de la época o análisis de hechos de armas del pasado. Por otra parte, la presencia militar en este género de impresos no era novedosa, ya que aunque no se recuerde suficientemente la prensa en España nació como un vehículo de propaganda militar en la segunda mitad del XVII. Resta todavía por rescatar y subrayar el papel que marinos y soldados llevaron a cabo como articulistas en el XVIII y, lo que es más importante aún, su papel en la creación de los primeros periódicos de lugares como Murcia, Canarias o Cuba, por citar sólo algunos casos, y permanece todavía en la oscuridad más absoluta el periodismo militar que se multiplicó durante la Guerra de la Independencia, momento en que propiamente puede recibir la prensa ese calificativo, aunque el primer periódico destinado exclusivamente a los militares había ya aparecido en 1795 durante la guerra contra la Convención en la ciudad de Gerona. Una vez más la comparación con otros países de nuestro entorno como Francia nos coloca en una posición poco envidiable, ya que mientras allí se cuenta con estudios exhaustivos sobre esta cuestión en España apenas estamos iniciando el camino.

Puede que se pregunten Uds. el número o los nombres de quienes a lo largo de la Edad Moderna conjugaron su dedicación militar con su afición a la escritura. Lamentablemente todo lo que se puede decir hoy día a ciencia cierta se circunscribe al siglo XVIII, al que los historiadores españoles han mostrado mayor predilección, mientras que para los precedentes no estamos en disposición de ser concluyentes. Pero no nos resistimos a presentar algunos nombres de todos Uds. conocidos, aunque posiblemente más como literatos que como soldados. Omitiendo al infante de marina Miguel de Cervantes (que intervino en Navarino y Lepanto), la lista estaría poblada por los nombres de Garcilaso de la Vega (que participó en Pavía –1525–, Túnez –1535–, y falleció al resultar herido durante el asalto a una plaza en 1536), Vicente Espinel (soldado en la Gran Armada, en Italia y Francia), Félix Lope de Vega Carpio (que participó en la expedición de la Gran Armada), Luis Vélez de Guevara y Dueñas (autor de *El diablo cojuelo*) o Pedro Calderón de la Barca (que combatió en Flandes, Lombardía y Cataluña), por sólo citar algunos nombres de las figuras cumbres de nuestra literatura, de los que se omite habitualmente su carácter de militares. Pues la nómina del resto de autores sería larguísima, y créanme que entre ellos hay quienes en su época gozaron de gran fama, aunque hoy sólo sean conocidos por especialistas o bibliófilos, ya que de algunos simplemente conservamos una cita biblio-

gráfica, al estar desaparecidos sus libros. Tenemos autores sin libros localizados y obras anónimas a las que no podemos determinar su filiación, en cualquier caso hombres y escritos que esperan volver a la vida.

Hoy como ayer la milicia es vocación y servicio, que no sacerdocio, por lo que diferentes acontecimientos podían determinar la solicitud de retiro –a veces por enfermedades causadas por el estudio excesivo– de manera que el autor cuelga el uniforme, aunque sólo metafóricamente hablando. Y decimos esto porque cuando nuestros militares autores dejan el ejército lo hacen sólo desde el punto de vista de su vinculación orgánica, ya que nunca pueden dejar de sentir en su interior los valores que conforman el denominado, y pocas veces puesto en valor suficientemente, espíritu militar. Así se evidencia en autores como José Mor de Fuentes, Juan Bautista de Arriaza y Superviela o en clásicos del XVII como Calderón, ya que, aun pasados los años desde su abandono de la milicia, en sus composiciones la temática militar ocupa un lugar privilegiado y su recuerdo recorre sus páginas en tono elogioso. En ocasiones, no es de desdeñar en la decisión de retornar a la sociedad civil su propensión a la escritura, por lo que solicitarán el retiro o al menos un destino en el que cultivar la literatura les sea más cómodo y llevadero. No hay incompatibilidad entre ambas dedicaciones, pero es fácil comprender que no todos los servicios que les podían ser encomendados permitían de igual modo llevar a la práctica el hábito del cultivo de las letras, lo cual explica que antes de evitar un menoscabo en su aplicación al servicio demanden una comisión en que su compromiso con la Corona pueda cumplimentarse como desean, máxime si de esta modificación tanto la milicia como él mismo podían resultar ampliamente beneficiados.

Nada en la vida militar que llevaron, en sus expedientes que certifican sus capacidades y hechos de armas, trasluce su especificidad de autores. Son soldados como los demás, les vemos participar en acciones de combate, sufren heridas, arrostran prisiones, y algunos encuentran la muerte en la guerra. En este último conjunto encontramos nombres de la talla del citado Garcilaso, a Álvaro de Navia Osorio, III Marqués de Santa Cruz de Marcenado, autor de las *Reflexiones Militares* (1724-1730), sin lugar a dudas la obra de arte militar más importante e influyente que salió de la pluma de un español en toda la historia, muerto en Orán en 1732, o el autor de las *Cartas Marruecas*, Cadalso, que quedó sin vida ante la plaza de Gibraltar en 1782. Nada más alejado de la realidad el pensar que quienes se consagran al cultivo de la pluma descuidaban el servicio a la Corona. Pocos saben que Cadalso solicitó constantemente el poder emplazarse en primera línea en los combates o que incluso llegó a redactar un proyecto maquiavélico para conquistar la ansiada y nunca retomada plaza de Gibraltar. Salta a la vista que en modo alguno hay incompatibilidad entre ambas ocupaciones. Es más, los nombres más destacados hoy como autores y soldados son quienes van a ser designados para dirigir (Benito Pardo de Figueroa, José Urrutia) o integrar (Cadalso, si bien no aceptó el ofrecimiento) la que en otro lugar denominába-

mos Centro Nacional de Inteligencia del siglo XVIII, que eso y mucho más fue la desconocida Real Escuela Militar de Ávila, experimento singular donde los haya, o la particular Academia de Ocaña (dirigida por el espíritu inquieto y reformista de Manuel de Aguirre).

¿Qué podemos aprender de los escritos de los militares españoles? Aunque no nos guste plantear a la hora de realizar una investigación una finalidad práctica, utilitarista, puesto que el conocimiento no ha de tener una intención predeterminada, sino el servicio a la sociedad mediante la entrega de un caudal de saberes, en la situación actual en que la escala de valores predominantes ha colocado a las Humanidades en un lugar secundario se ha caído en esta trampa de querer demostrar su interés a través de la virtualidad de la aplicación directa de los resultados de sus estudios a la realidad presente. Desempolvando legajos de los archivos y textos de los anaques de las bibliotecas españolas cuyos autores fueron militares podremos, además de adquirir un procedimiento inédito de penetración en la historia de la ciencia (a lo que ya hemos dicho sobre astronomía o matemáticas queremos añadir los avances en la medicina y la cirugía, que caminaron a la par de la guerra por razones evidentes, siendo el ejército un campo de experimentación), comprender el papel capital que jugaron los militares del pasado en el ámbito de la cultura porque, hasta que el mundo de los libros y los medios de comunicación impregnaron totalmente la población, fueron los ejércitos y el comercio los principales vehículos de transmisión, de contagio, de fusión, de transferencia, entre los pueblos. Son los soldados quienes viajan, los que entran en contacto con poblaciones que les son extrañas en lengua, tradiciones, religión, etc., y al tiempo que van a comunicar a ese nuevo espacio su estilo de vida y valores (pensemos en lo sucedido en América), van a realizar un trasvase a sus lugares de procedencia de cuanto han aprendido durante sus largos y penosos viajes y estancias. Contamos con preciosas –y desconocidas– relaciones de marcha, diarios de campaña, donde asistimos a la contemplación de las diferentes regiones de América y Europa a través de los ojos de un soldado que, aunque no tienen la finalidad de instruir, sino que simplemente actúan como acta notarial de los hechos de armas de su regimiento, nos capacitan para aprehender cómo se ve al otro y su cultura, aunque sea en una situación límite como lo es la de un enfrentamiento armado. Con la lectura de estas páginas viajamos con sus autores, participamos de sus sentimientos y apreciamos qué elementos son los que subyugaban su alma. Para las diversas guerras del XVIII contamos con descripciones de Italia y de Portugal que aguardan a su historiador. Esperamos que no suceda con estas como con las relaciones de las guerras hispano-marroquíes del XIX, donde el primer estudio que va a ver la luz lo hará no en España ni en Marruecos, sino en la Universidad de Kentucky, es decir, en los Estados Unidos de América. Y no sólo aguardan manuscritos que describen ciudades y territorios, sino que también en los archivos militares se agolpan los relatos de los oficiales que fueron enviados, avanzado el siglo XVIII, a las principales potencias militares e

industriales de la época (Francia, Inglaterra y Prusia) para analizar y conocer en qué residían sus avances, sus logros, de modo que pudieran ser implantados en España. Sí, estamos ante un evidente espionaje militar de cuyo análisis conoceremos tanto qué se hacía en Europa como qué se proponía imitar en España, de modo que se obtendrán elementos que enriquecerán tanto la historia del ejército como de la ciencia española. A todo lo indicado se añaden los textos estrictamente literarios e históricos, las noticias antropológicas, geográficas y de cuantas materias científicas se nos ocurran. Los militares estaban en la vanguardia, llegaban los primeros y sus informes abrieron el camino a otros especialistas, que muchas veces también vestían uniforme. Y si consideramos unos escritos que no se concibieron con vistas a ser conocidos por otra persona diferente que por su destinataria, nos referimos como habrán adivinado a las cartas, se abre ante nosotros un horizonte donde el soldado habla sin cortapisa alguna, pues se dirige a un familiar, a un amigo, y de ahí lo valioso de su prosa, por lo vivo y sincero del relato. Conocemos mediante ellas sin mampara, sin intermediario, a corazón abierto, cuanto ocupa su pensamiento, sus juicios sobre la literatura, la filosofía, la política, el ejercicio del mando por parte de los oficiales generales, el desarrollo de las operaciones, sus nociones del arte militar, etc. En esta línea, y aprovechando la correspondencia de un marino, preparamos la que será la primera historia de los prisioneros españoles durante la Guerra contra la Revolución Francesa entre 1793 y 1795, pues además de ser un testimonio desde el interior de un país enemigo nos informa de cuál era el trato que recibían quienes caían en poder de Francia y cómo transcurrían sus vidas. Sólo es este un modelo del provecho que de esta fuente ignorada, y de la que abundan algunos archivos, se puede extraer.

No queremos concluir dejando la sensación de que por el conjunto de nuestras palabras hay que inferir que la institución militar española nadaba en un océano de letras y ciencia. Esto no fue así, pero no lo fue en ningún ejército de la Edad Moderna. Evidentemente, eran un grupo reducido quienes estaban en disposición de practicar la escritura y la lectura, normalmente circunscrito a la oficialidad, o lo que es lo mismo a los integrantes nobiliarios del ejército. Pero esto no obvia para que también haya soldados que nos han legado manuscritos o impresos donde nos relatan sus vidas y milagros —en línea directa con la novela picaresca—, aunque son pocos, y en lo autobiográfico muchos más en el XVII que en el XVIII. Pero no es una cuestión de número, la historia no es mezquina, sino que persigue rescatar del vacío, de la nada, a unos hombres y unos textos que forman parte de la tradición cultural española, y de cuyo conocimiento los principales beneficiarios serán la historia de nuestras fuerzas armadas y la institución universitaria en cuyo seno se lleven a efecto las líneas de investigación que hemos esbozado. Y porque no parezca que quienes dedicamos nuestra vida a campos como el que han ocupado nuestras palabras no contamos con apoyos firmes que nos estimulan diariamente a continuar adelante, créanme Uds. que quien les habla tiene la fortuna de pertenecer a una universidad donde una Cátedra como la

Jorge Juan tiene cabida, por lo que me siento doblemente dichoso, en lo personal y en lo profesional, pues ella es un ejemplo que nos remite a Europa y nos distingue en excelencia. Por este decidido empeño de quienes dirigen la Cátedra y por haberme escuchado les doy las gracias.

REFERENCIAS

- ESPINO LÓPEZ, ANTONIO, *Guerra y cultura en la Época Moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII: libros, autores y lectores*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2001, 612 p.
- GARCÍA HURTADO, MANUEL-REYES, *El arma de la palabra. Los militares españoles y la cultura escrita en el siglo XVIII (1700-1808)*, A Coruña, Universidade da Coruña, 2002, 725 p.
- GARCÍA HURTADO, MANUEL-REYES, *Traduciendo la Guerra. Influencias extranjeras y recepción de las obras militares francesas en la España del Siglo XVIII*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1999, 127 p.
- JARNÉS BERGUA, ENRIQUE (General de Infantería, 1919-1985), *Ejército y cultura*, Prólogo de MANUEL DÍEZ-ALEGRÍA Y GUTIÉRREZ (1905-1987), Madrid, Forja, 1982, 256 p.

Jueves 18, Diciembre 2003. Diario de Ferrol.



El conferenciante está especializado en Historia Moderna / G. Tizón

Manuel García intervino ayer en la Cátedra

“Empezando por Cervantes hubo una inmensa cantidad de literatos que eran militares”

Redacción / Ferrol

El profesor de la Facultad de Humanidades Manuel-Reyes García Hurtado explicó ayer en la Cátedra Jorge Juan una nueva manera de abordar la historia militar en la edad moderna.

García Hurtado defiende la idea de que los militares, por la formación que recibían, así como por su movilidad por todo el mundo, poseían unos conocimientos extraordinarios de varios ámbitos, que, en muchas ocasiones reflejaban después en sus escritos.

“Se olvida que una inmensa cantidad de literatos españoles fueron militares, empezando por Cervantes”,

recordó el profesor de Historia Moderna.

El conferenciante abordó también los problemas que tenían estos militares al ejercer de escritores y soldados, ya que esta profesión los sometía a una disciplina “y muchas veces tenían ideas muy avanzadas para la Corona”. Es por ello que “los grandes militares que han sido autores nunca ocuparon el generalato”.

Manuel García está en estos momentos investigando sobre la relación entre los militares y la prensa. “El periodismo en España surge en el siglo XVII con finalidad de propaganda militar, así como los primeros periódicos”, afirmó.

Jueves 18, Diciembre 2003. La Voz de Galicia.



LUIS JUSTA

Manuel Reyes conferenció en Herrerías

Conferencia ■ A la misma hora, el profesor Manuel Reyes pronunció en el complejo de Herrerías la conferencia *Literatura y milicia en la Edad Moderna*.